

La organización vista en retrospectiva -1

Crecamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor. Efesios 4:15, 16.

La organización de la Asociación General marcó el fin de una era en la historia adventista. El adventismo sabatariano había pasado de un comienzo prácticamente desestructurado a una forma levemente jerárquica.

Ambos White, como líderes “no oficiales” de la iglesia, estaban muy complacidos con la nueva organización. Tanto habían experimentado la condición caótica del adventismo desde finales de la década de 1840 y durante la de 1850 que nunca dejarían de defender la autoridad eclesiástica *ejercida adecuadamente*.

Elena de White escribió una de sus declaraciones más fuertes sobre el valor de la organización en 1892. Al mirar hacia atrás, recordó: “Tuvimos una dura lucha para establecer la organización. A pesar de que Dios dio testimonio tras testimonio sobre este punto, la oposición era fuerte, y hubo que hacerle frente una y otra vez. Pero, sabíamos que el Señor Dios de Israel estaba conduciéndonos y guiándonos por su providencia. Nos empeñamos en la obra de la organización, y una señalada prosperidad caracterizó este movimiento de avanzada [...]”.

“El sistema de organización ha demostrado ser un gran éxito [...]. *Que nadie albergue el pensamiento de que podemos prescindir de la organización*. La erección de esta estructura nos ha costado mucho estudio y muchas oraciones en demanda de sabiduría, que sabemos que Dios ha contestado. Ha sido edificada por su dirección [...]. *Que ninguno de nuestros hermanos esté tan engañado como para intentar derribarla*, porque así crearíais una situación en la que ni siquiera soñáis. En el nombre del Señor os declaro que la organización ha de permanecer, fortalecida, establecida, fijada [...]. *Sea, pues, cada uno de nosotros sumamente cuidadoso para no confundir las mentes con respecto a las cosas que Dios ha ordenado para que tengamos prosperidad y éxito en hacer avanzar su causa” (TM 26-28)*.

Dios cree en la organización. Yo también. Dar el evangelio eterno y las demás enseñanzas de Apocalipsis 14 a todo el mundo no ocurrió por accidente. Los adventistas crearon una organización con el propósito de promover la misión de la iglesia. Y así lo ha hecho. El éxito de la decisión de establecer la Asociación General como un cuerpo coordinador en mayo de 1863 asombraría a los que la votaron.

La organización vista en retrospectiva -2

Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos. Hechos 20:28.

La fuerza propulsora detrás del impulso para la organización era un complejo integrado de ideas interrelacionadas. Uno de los más importantes era una creciente comprensión de la misión de la iglesia, basada en la Biblia. Para 1861, algunos líderes de la iglesia habían llegado a la conclusión de que tenían un mundo que ganar; y para 1863 la comisión ejecutiva de la Asociación General, recientemente formada, comenzó a analizar el envío de misioneros de ultramar. Una visión más amplia de la misión llevó a un reconocimiento más extensivo de la necesidad de crear una organización adecuada para sostener esa misión. En síntesis, Jaime White y otros, poco a poco, se dieron cuenta de que no podría existir ninguna obra de extensión misionera importante sin un sistema de sostén racional y eficaz.

Una segunda realidad que ayudó a Jaime y a sus hermanos creyentes a ampliar su concepto de estructura eclesiástica fue la necesidad de mantener la unidad doctrinal. En 1864, contrastó los buenos frutos de la organización adventista del séptimo día con la "condición confusa y miserable de los que rechazan la organización".

G. I. Butler desarrolló un poco más esta línea de pensamiento en 1873, cuando escribió que "somos un pueblo completamente organizado, y nuestra organización no se basa en meras apariencias, sino en un fundamento sólido. Al haber luchado contra toda clase de influencias internas y externas, y al ser ahora una unidad que habla lo mismo de un océano al otro, no es fácil sacudirnos para hacernos pedazos".

La cuestión doctrinal, por supuesto, tenía vínculos estrechos con la misión. Como estaban unificados en doctrina, estuvieron dispuestos a unirse en misión hasta los extremos de los Estados Unidos y, finalmente, hasta el resto del mundo.

Después de todo, fue la misión de la iglesia la que demandaba una estructura eclesiástica adecuada. Según observó Jaime White en repetidas oportunidades, "no fue la ambición de erigir una confesión religiosa lo que sugirió organización, sino las meras necesidades del caso".

Mientras que para Jaime, en 1871, el sello de un sistema adecuado era que "la maquinaria funcione bien", los primeros adventistas también trataron de basar sus estructuras organizativas sobre un fundamento que estuviese en armonía con la enseñanza bíblica de los principios que deberían reforzar la naturaleza y la misión de la iglesia. A la larga, la organización fue un subproducto de una interpretación bíblica de la iglesia y su papel de advertencia para el mundo en el tiempo del fin, antes de la Segunda Venida.

La salud del siglo XIX: Los buenos viejos tiempos eran terribles -1

¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay allí médico? Jeremías 8:22.

C. P. Snow una vez escribió que “nadie en sus cabales elegiría haber nacido en una época anterior, a menos que estuviese seguro de nacer en una familia próspera, gozar de una salud extremadamente buena y poder aceptar estoicamente la muerte de la mayoría de sus hijos”.

Francamente, aquellos buenos tiempos no eran tan maravillosos como los hace ver la nostalgia. La esperanza de vida media al nacer era de 32 años en 1800, de 41 en 1850, de 50 en 1900 y de 67 en 1950. La esperanza de vida actual para las mujeres en los Estados Unidos es de unos 80 años, aunque es un poco más baja para los hombres.

¿Por qué el cambio?, quizá te preguntes. La respuesta es bastante sencilla: mejores hábitos de salud, de higiene y de atención médica.

Los hábitos de salud de casi todos en el siglo XIX dejaban mucho que desear. Los que tenían dinero no solo engullían grandes cantidades de alimentos a un ritmo rápido, sino también casi todo lo que comían era poco saludable. Las frutas y las verduras eran evitadas por muchos que creían que la epidemia de cólera mortal de 1832 había sido producida por las frutas; y muchos sospechaban que las frutas y las verduras hacían daño a los niños, especialmente. La información básica sobre nutrición era desconocida. Además, incluso los alimentos buenos generalmente estaban en malas condiciones, debido a la falta de higiene al procesarlos y a la falta de refrigeración.

La dieta, por supuesto, simplemente era una parte del problema personal de salud. Los hábitos de baño, por ejemplo, tampoco eran satisfactorios. La mayoría casi nunca se bañaba, y algunas autoridades decían que los estadounidenses promedio de la década de 1830 nunca se bañaron en toda su vida. Hasta en 1855 inclusive, la ciudad de Nueva York tenía solo 1.361 bañeras para sus 629.904 habitantes. Y en 1882, solo aproximadamente el 2 por ciento de los hogares de Nueva York tenía conexiones de agua.

La promoción del baño de noche no era un chiste. En 1872, cuando Elena de White recomendó que “las personas sanas [...] deberían bañarse tan a menudo como dos veces por semana” (TI 3:80) estaba a la vanguardia de un aspecto del cuidado de la salud personal.

La mayoría hoy no tiene ni idea de lo insalubre que era la vida a mediados del siglo XIX. Cuando leemos los escritos de Elena de White y de otros reformadores de su época, debemos evaluarlos a la luz de los tiempos de ignorancia, enfermedad y muerte en los que vivían.

Quando de salud se trata, ipodemos alabar al Señor por vivir en días mejores!

La salud del siglo XIX: Los buenos viejos tiempos eran terribles -2

Tendrás un lugar fuera del campamento adonde salgas; tendrás también entre tus armas una estaca; y cuando estuvieres allí fuera, cavarás con ella, y luego al volverte cubrirás tu excremento. Deuteronomio 23:12, 13.

Quizá pienses que este es un texto devocional extraño; pero Dios se preocupa por cada aspecto de nuestra vida. Si la gente hubiese seguido los mandatos bíblicos sobre salud comunitaria a lo largo de la historia, se habrían salvado incontables millones de vidas de enfermedades y epidemias. Si esas vidas hubiesen sido las de tu cónyuge o tus hijos, estarías saltando y alabando al Señor por esos textos de Deuteronomio 23:12 y 13.

La higiene era un aspecto del problema de salud en los Estados Unidos del siglo XIX. Incluso, generalmente los hogares de clase media y hasta los de clase alta todavía tenían letrinas al aire libre a mediados de siglo. La ciudad de Nueva York, por ejemplo, tenía solo 10.388 inodoros interiores en 1855. Y la filtración de las letrinas masivas hacía que el agua de pozo tuviese algunas condiciones bacteriológicas “interesantes”.

En cuanto a la basura, las ciudades no tenían ningún sistema para procesarla. La mayoría terminaba en la calle, para que los cerdos que corrían libremente la hozaran. La ciudad de Nueva York de la década de 1840 tenía cientos de cerdos sin supervisión, para ayudar a ocuparse del problema.

Por supuesto, en temporadas lluviosas, los excrementos de caballo, omnipresentes, rezumaban en las calles, que generalmente no estaban pavimentadas, y con clima seco eran reducidos a un polvo muy “saborizado”, que volaba por todas partes. En las calles de la ciudad de Nueva York en 1900, los caballos depositaban unos 1,1 millones de kilos de estiércol y 227.000 litros de orina diaria. H. L. Menken describió una ciudad estadounidense como un “hedor sólido”. Y la vida rural no era mucho más saludable, ya que la mayoría de las casas estaba rodeada por “una expansión de mugre y estiércol”.

Y luego escupían. En los días anteriores a la popularidad del cigarrillo, los estadounidenses depositaban esputos de tabaco mascado por todas partes, adentro y afuera; aunque los más sofisticados no escupían sobre la mesa.

Los “buenos días de antaño” eran tiempos de ignorancia; ignorancia que tuvo un alto costo en vidas humanas. La epidemia de fiebre amarilla de Memphis y Tennessee en 1878, por ejemplo, mató a 5.150 personas, de una población de 38.500. Ese mismo año, Nueva Orleans perdió, aproximadamente, a 3.977 seres humanos. Pero, eso fue solo la mitad de las tantas muertes en la ciudad en la epidemia de 1853, que le costó 7.848 vidas. La gente atribuía la fiebre amarilla y otras epidemias al aire contaminado, que las autoridades llamaban “miasma”. Así que, la gente a menudo dormía en habitaciones poco ventiladas o sin ventilación, para preservar la salud.

Gracias, Dios, por las cosas sencillas de la vida, como el agua limpia y el aire puro.

La salud del siglo XIX: los buenos viejos tiempos eran terribles -3

Había entre la gente una mujer que hacía doce años padecía de hemorragias, sin que nadie pudiera sanarla. Lucas 8:43, NVI.

Si te hubieses enfermado en el siglo XIX, desde luego no querrías visitar un hospital. Un viaje hasta allí tendía a ser una sentencia de muerte, en una era anterior al conocimiento de los gérmenes y las bacterias. Las epidemias eran visitantes regulares de esas instituciones antihigiénicas, originalmente fundadas para los pobres. Un hospital de la década de 1840 era un lugar de último recurso: un lugar donde caer muerto. La gente de dinero hacía que los médicos la trataran en su casa.

Lamentablemente, la práctica médica a domicilio no era tan sofisticada. La opinión común acerca de la enfermedad era que los “humores” corporales debían estar desequilibrados. La cura: volver a equilibrarlos. La primera medida, en ese proceso, a menudo incluía purgar algo del exceso de sangre; en muchos casos, una pinta [473 ml] o dos. La purga del cuerpo generalmente seguía a la sangría. Los médicos la hacían administrando drogas poderosas, muchas veces compuestas en parte por mercurio y estricnina, sustancias que ahora sabemos que son extremadamente venenosas.

Pero, en una era en la que se creía que la fiebre, la diarrea y los vómitos eran síntomas de recuperación, esas drogas causaban el efecto deseado de vaciar el cuerpo del exceso de fluidos en forma rápida y violenta. Con razón que la llamaban la era de la medicina “heroica”.

Mientras tanto, la cirugía no era menos heroica, si consideramos que no incluía anestesia. Tan solo recordemos al joven Urías Smith, cuando le amputaron la pierna en la mesa de la cocina sin más anestesia que la mano de su madre. E incluso después de la cirugía, las perspectivas eran pocas, dado el hecho de las condiciones antihigiénicas causadas por el desconocimiento de los gérmenes.

Y ¿qué se requería para ser médico? No mucho. Con haber pasado entre cuatro y ocho meses en una de las fábricas de diplomas, se obtenía un título de Medicina, aun si la persona no había asistido al colegio secundario.

No es de extrañarse que Oliver Wendell Homes declarara que “si toda materia médica como se usa ahora pudiera hundirse en el fondo del mar, sería lo mejor para la humanidad, y lo peor para los peces”.

El hijo de Elena de White, Edson, tenía uno de esos títulos de médico. Él decía, sarcásticamente, de su experiencia, que el médico a cargo “es un villano: la Clínica Higiénico-Terapéutica es una patraña y la vieja fábrica de médicos debe ser arrojada al [río] Delaware”.

El error es un asesino.

La verdad nos libera, incluso en el ámbito físico.

Les presento a los reformadores de la salud

Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Juan 8:32.

Fue en el contexto de la ignorancia acerca de la salud que encontramos el surgimiento del movimiento de la reforma pro salud estadounidense durante la década de 1830. Uno de los reformadores más influyentes y representativos fue Sylvester Graham. Podemos echar un vistazo a sus ideas en un artículo de 1837 de *The Graham Journal* [La revista Graham]. Según él, (1) “la comida principal deberían ser verduras y frutas”; (2) el pan debería hacerse con harina sin refinar; (3) “debería usarse buena crema, en vez de manteca”; (4) la comida debería masticarse totalmente; (5) “es mejor omitir las carnes rojas y el pescado”; (6) se debería evitar la grasa, las salsas ricas y los condimentos picantes; (7) “todos los estimulantes, de todo tipo y clase, como el té, el café, el vino, el tabaco (en todas sus formas), la sidra, la cerveza, etc., están prohibidas”; (8) “el agua pura y suave” es la bebida preferente; (9) “la última comida del día debería ser liviana”, y habría que tomarla tres a cuatro horas antes de irse a dormir; (10) “no debería ingerirse ni una partícula de alimento, salvo en las comidas”; (11) evitar comer demasiado; (12) “la abstinencia siempre es preferible a tomar medicamentos”; (13) hay que dormir una siete horas por día, en “habitaciones con ventilación adecuada”; (14) siempre evitar la ropa ajustada; (15) “es muy recomendable bañarse [incluso a diario] en agua tibia o fría; (16) “el ejercicio al aire libre es muy necesario”; y (17) “el pan no debería comerse antes de las 12 a 24 horas de horneado”.

Para los reformadores religiosos de la salud, las leyes de la salud eran divinas. Así, Theodore Dwight Weld pudo afirmar que “estas son leyes *de Dios* tan ciertamente como ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón’ y ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’”. Obedecerlas implicaba un cuerpo sano, mientras que su desobediencia traía enfermedades. La elección, sugería Weld, estaba “entre *obedecer a Dios y resistirlo, conservar la vida y destruirla, guardar el sexto Mandamiento y cometer suicidio*”.

Obviamente relacionado con el movimiento de la reforma pro salud y muy compatible con ella, fue el surgimiento de formas de prácticas médicas que se oponían a las técnicas de drogas y sangrías de la medicina convencional de la época. Una de ellas, la hidroterapia, recomendaba las aplicaciones internas y externas de agua, como sistema terapéutico. Los médicos que curaban con agua generalmente adoptaban el sistema pro salud de Graham.

A veces, los adventistas pensamos que la reforma pro salud se originó con nosotros.

¡No es así! Dios ama a todas las personas, y se mueve en el corazón de muchos con el propósito de aliviar las aflicciones de un planeta enfermo. Alabado sea Dios por la amplitud de su misericordia.

Elena de White y los reformadores pro salud

Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros [...]. Para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación. Salmo 67:1, 2.

Los que tienen conocimiento respecto de los consejos sobre salud de Elena de White reconocerán que ella estaba en armonía con la mayoría de las opiniones reformistas de los reformadores de la salud. Así que, estaba bien acompañada cuando rechazó el “uso de drogas venenosas”, “que, en lugar de ayudar a la naturaleza, entorpecen sus facultades” (MC 88; MM 294).

En una línea más positiva, Elena de White apoyaba a los reformadores en su recomendación de los remedios naturales: “el aire puro, el sol, la abstinencia, el descanso, el ejercicio, un régimen alimenticio conveniente, el agua y la confianza en el poder divino” (MC 89).

Los primeros adventistas eran conscientes del consenso de Elena de White con los reformadores de la salud de su época, y de sus contribuciones específicamente adventistas. Por consiguiente, J. H. Waggoner pudo escribir, en 1866, que “no profesamos ser pioneros en los principios generales de la reforma pro salud. Los hechos en los que se basa este movimiento han sido elaborados, en gran medida, por reformadores, médicos y autores de Psicología e Higiene, así que pueden encontrarse diseminados por todo el país. Pero, sí afirmamos que mediante el método escogido por Dios [los consejos de Elena de White] han sido develados en forma más clara y poderosa, y por consiguiente producen un efecto que no podríamos haber esperado de ninguna otra fuente.

“Como meras verdades psicológicas e higiénicas, algunos podrían estudiarlas a su antojo, y otros las dejarían a un lado como de poca importancia; pero, cuando son puestas en el mismo nivel que las grandes verdades del mensaje del tercer ángel, por la sanidad y la autoridad del Espíritu de Dios, y habiendo declarado que son el medio por el que los débiles pueden fortalecerse y vencer, y que nuestro cuerpo enfermo puede ser limpiado y adecuado para la traslación, entonces nos llega como una parte esencial de la verdad presente”.

Si bien Elena de White estaba muy de acuerdo con los reformadores de la salud de su época, una de sus contribuciones en el área de la salud fue integrar el mensaje de la reforma pro salud en la teología adventista.

Desde que comenzó a escribir sobre el tema en 1863 hasta hoy, los adventistas del séptimo día han tenido un estilo de vida distintivo. Esto ha dado, como resultado, cuerpos más sanos y vidas más prolongadas. Esa longevidad ha sido una demostración para el mundo, según se ilustró recientemente en la revista *National Geographic* y en otros lugares. El testimonio de la iglesia debería ser el de la salud en todos los aspectos de la vida.

Los adventistas no siempre fueron reformadores de la salud

Aún tengo muchas cosas que decirlos, pero ahora no los podéis sobrellevar. Juan 16:12.

Los adventistas no siempre fueron reformadores de la salud.

Tomemos las carnes inmundas, por ejemplo. En noviembre de 1850, Jaime White observó que algunos sabatarios estaban “preocupados con respecto al consumo de carne de cerdo”, y que algunos se abstuvieron de su uso. Él no tenía ninguna objeción a esa práctica, pero declaró que “no creía, por ningún medio, que la Biblia enseñara que su uso apropiado, en la dispensación evangélica, fuese pecaminoso”. A lo que realmente se opuso fue a los que distraían a los demás del centro de su mensaje: el sábado y la perspectiva del tiempo del fin.

Algunos años más tarde, después de que su esposa escribiera una carta a una señora llamada Curtis acerca de que el uso de la carne de cerdo no era una prueba religiosa, Jaime escribió atrás: “Para que sepa cuál es nuestra postura en este asunto, le diría que acabamos de matar a un cerdo de noventa kilos”.

De nuevo, en 1859, Elena de White aconsejó a S. N. Haskell y a otros que sus “ideas concnientes a la carne de cerdo no causarían ningún perjuicio, si ustedes las guardaran para sí mismos; pero en su juicio y opinión, han convertido este asunto en una prueba, y sus acciones han mostrado claramente su fe en este asunto” (*TI* 1:189, 190).

Siguió diciendo que “si Dios requiere que su pueblo se abstenga de consumir carne de puerco, los convencerá acerca de ello [...]. Si es deber de la iglesia abstenerse de consumir carne de puerco, Dios lo revelará a más de dos o tres personas. Él enseñará a su iglesia cuál es su deber.

“Dios está conduciendo a un pueblo, y no a unas cuantas personas separadas aquí y allá, una que cree una cosa y otra que cree otra diferente [...]. El tercer ángel va a la cabeza y está purificando a un pueblo, y este debería avanzar con él en forma unida. Algunos toman la delantera a los ángeles que están guiando a su pueblo [...].

“Vi que los ángeles de Dios no conducirán a su pueblo con más rapidez de la que este puede recibir las importantes verdades que se le comunican y llevarlas a la práctica. Pero, algunas personas inquietas [...] se apresuran en ir en busca de algo nuevo, y avanzan [...] y en esta forma acarrearán confusión y discordia a las filas. No hablan ni obran en armonía con el resto del cuerpo” (*ibid.*, p. 190).

Elena de White tuvo la firme convicción, a lo largo de su extenso ministerio, de que Dios estaba formando a un pueblo, y que cuando este se unía en un tema (pero no antes) él lo guiaba al próximo paso. El progreso hasta 1863 había sido claro. Primero se unieron en doctrina y luego en organización. Recién entonces estuvieron preparados para que los guiara en la reforma pro salud y otras cuestiones del estilo de vida.

La conducción de Dios siempre tiene lógica.

Pero hubo un reformador de la salud

Y quitará Jehová de ti toda enfermedad. Deuteronomio 7:15.

José Bates, como en tantos otros aspectos del adventismo sabatario, fue el pionero de la reforma de la salud dentro del movimiento. Como capitán de mar en 1821, había abandonado las bebidas fuertes cuando se dio cuenta de que esperaba con más interés su trago diario que la comida. Pronto, descartó el vino en 1822; el tabaco, en 1823; y todas las demás formas de alcohol, en 1824. Luego, en 1831 renunció al té y al café, porque “es veneno”. “Producía un efecto tal en todo mi organismo”, escribió, “que no podía descansar ni dormirme hasta pasada la medianoche”.

Lo siguiente que dejó fueron los alimentos con carne. “En febrero de 1843”, recordó, “resolví no comer más carne. Pocos meses después, dejé de usar manteca, grasa, queso, pasteles y tortas ricas”.

Había sido alertado por primera vez de las ventajas de una dieta vegetariana en 1820, cuando descubrió que dos obreros irlandeses que comían papa podían trabajar más que siete u ocho de sus hombres que comían carne. Posteriormente, autores como Sylvester Graham lo guiaron a una dieta vegetariana completa.

La vida de Bates era una buena publicidad para los beneficios de la reforma pro salud. En contraste con la mayoría de los demás dirigentes sabatarios primitivos, él tenía una salud excepcional. Desde que dejó el mar en 1820, que sepamos, solo se enfermó dos veces. Y ambos episodios, aparentemente, fueron malaria.

A los 79 años, dio testimonio en una convención sobre salud en cuanto a sus primeras experiencias en la reforma pro salud, y de la excelente salud que tenía como resultado. “Al contrario de mis convicciones anteriores, de que si alguna vez se me permitiría vivir hasta esta edad estaría inválido y sufriendo por mi temprana exposición al mar, gracias sean dadas a Dios [...] cuya rica bendición siempre viene después de todo esfuerzo personal para reformar, porque estoy completamente libre de dolores y sufrimientos, con la perspectiva grandiosa y alentadora de que si continuó en la reforma, y abandono todo lo malo, ‘estaré sin defecto delante del trono de Dios’”.

Sin embargo, antes de principios de la década de 1860, Bates era un reformador de la salud silencioso. Cuando le preguntaban por qué no usaba determinados alimentos, su respuesta habitual era: “Ya comí suficiente de eso”. Jaime White informa que “no mencionaba sus opiniones sobre la dieta adecuada en ese entonces, ni en público ni en privado, a menos que se le preguntara sobre el tema”.

Eso cambiaría en 1863.

Pero, antes de avanzar, deberíamos reflexionar en el nexo de unión entre la vida saludable y la salud vigorosa. La relación no era accidental en la vida de Bates. Tampoco, en la nuestra.

La visión de la reforma pro salud

¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios? 1 Corintios 6:19.

Hace pocos días vimos que la verdad es progresiva y que Dios guía a su pueblo paso a paso. Así fue con la reforma pro salud. Una vez que los pasos doctrinales y organizativos estuvieron en su lugar, los temas sobre el estilo de vida (incluyendo la reforma pro salud) fueron el paso siguiente, en el desarrollo del adventismo y de la Verdad Presente.

El 6 de junio de 1863, apenas quince días después de la conformación de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, Elena de White tuvo una de las visiones más influyentes de todo su ministerio. Más tarde ese día, escribió: “Vi que ahora debemos [ella y Jaime] tener especial cuidado de la salud que Dios nos ha dado, pues nuestra obra no está terminada todavía [...]. Vi que debemos cultivar una disposición mental alegre, esperanzada y pacífica, pues nuestra salud depende de eso [...]. Cuanto más perfecta sea nuestra salud, más perfecto será nuestro trabajo.

“No debemos dejarle a Dios el cuidado de nosotros, para que él vigile y cuide lo que nos ha dejado a nosotros para que vigilemos y cuidemos. No es seguro ni agrada a Dios que se violen las leyes de la salud, y pedirle entonces que cuide nuestra salud y nos preserve de la enfermedad, cuando estamos viviendo contrariamente a nuestras oraciones.

“Vi que era un deber sagrado atender nuestra salud, y despertar a otros ante su deber [...] tenemos el deber de hablar, de oponernos a la intemperancia en todas sus formas –intemperancia en el trabajo, en el comer, en el beber, intemperancia en el consumo de drogas–, y entonces señalarles la gran medicina de Dios: el agua, el agua pura y suave, para la enfermedad, para la salud, para la limpieza y la higiene, y para los lujos” (*Manuscrito 1*, 1863).

Si bien este era un consejo personal para Jaime y Elena, también se aplicaba a la iglesia en general. “Vi”, escribió, “que no debíamos guardar silencio sobre el asunto de la salud, sino que debíamos despertar las mentes a este tema” (*ibid.*).

Y eso es exactamente lo que hizo ella. De allí en más, su ministerio editorial se centró mayormente en la necesidad y el deber de conservar la salud, y en cómo hacerlo.

Y no vino demasiado pronto. Su esposo estuvo al borde de una apoplejía paralizante, que entorpecería su ministerio por el resto de su vida; recientemente habían perdido a dos de sus cuatro hijos por enfermedad; y muchos de los líderes de la iglesia luchaban con enfermedades crónicas.

No había nada tan necesario en esa época como la bendición de la buena salud. Y eso continúa siendo cierto hoy.

Una segunda visión de la reforma pro salud

*No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo.
1 Corintios 6:19, 20.*

“**E**n la visión que recibí en Rochester, Nueva York, el 25 de diciembre de 1865, se me mostró que nuestro pueblo observador del sábado ha sido negligente y no ha obrado en conformidad con la luz que Dios le ha dado con respecto a la reforma pro salud, que aún tenemos ante nosotros una gran obra que debemos realizar y que como pueblo hemos sido demasiado renuentes para avanzar, a fin de aprovechar las oportunidades preparadas por la providencia de Dios según la dirección en que desea que vayamos” (TI 1: 426).

Su visión de 1865 indicaba que la reforma pro salud, para los adventistas del séptimo día, no era solo una cuestión personal, sino también tenía implicaciones sociales y misionológicas. Esa visión llamaba a los adventistas a establecer su propia institución de salud.

Esa institución, según Elena de White, tendría un doble impacto misionológico. Primero, *afectaría la vida de los creyentes adventistas*, al prepararlos para “el fuerte clamor del tercer ángel” y hacerlos aptos para la traslación (*ibíd.*, p. 427). Por supuesto, una mejor salud permitiría que los creyentes comunicaran mejor su mensaje a los demás.

Un segundo aspecto misionológico de su nueva institución de salud sería el *acercamiento directo con los no adventistas*. “Cuando los incrédulos acudan a nuestra institución dedicada al tratamiento eficaz de las enfermedades, bajo el cuidado de médicos observadores del sábado, serán colocados directamente bajo la influencia de la verdad. Al relacionarse con nuestro pueblo y nuestra fe verdadera, desaparecerá su prejuicio y recibirán impresiones favorables. Al ser puestos así bajo la influencia de la verdad, algunos no solo obtendrán alivio de enfermedades corporales, sino también hallarán un bálsamo sanador para sus almas enfermas por el pecado [...]. Una de estas preciosas almas que sea salvada valdrá más que todos los recursos necesarios para establecer esa clase de institución” (*ibíd.*, pp. 432, 433).

Allí, como en una cáscara de nuez, está la filosofía de Elena de White para abrir instituciones de salud. Su función misionológica estaba en el centro del pensamiento de ella. La iglesia debía establecer instituciones que no solo ayudarían a sus propios miembros, sino además serían agencias para difundir el mensaje del tercer ángel a aquellos que no perteneciesen a la membresía de nuestra iglesia. Esas instituciones no solo tratarían las necesidades físicas de las personas, sino también las necesidades espirituales y morales.

Vivimos en un mundo arruinado, y Dios quiere que todos hallemos integridad en todos los sentidos. Como adventistas, todavía tenemos el privilegio no solo de tener una vida saludable, sino también de compartir un estilo de vida saludable con los demás.

Equilibrados desequilibrados

Jehová es la fortaleza de mi vida. Salmo 27:1.

La visión de la reforma pro salud de Elena de White del 25 de diciembre de 1865 no solo dio la nota para el propósito misionológico de las instituciones adventistas de salud; también integró la reforma pro salud con la teología adventista, al indicar que “la reforma pro salud es parte del mensaje del tercer ángel, y está tan íntimamente ligada a él como el brazo y la mano lo están al cuerpo humano” (71 1:427).

Esa revelación fue útil para los adventistas en forma individual, y crucial para poner de manifiesto la conexión entre el tema de la salud y el estilo de vida y la teología del tiempo del fin de la iglesia, al indicar que así como nuestro cuerpo está unido en los aspectos físicos, mentales y espirituales, también el sistema de creencias adventistas es un todo integrado, y no una “multitud” de ideas inconexas.

Los adventistas pronto llegaron a pensar en el mensaje de salud como “el brazo derecho del mensaje”. Eso fue bueno. Pero, algunos predicadores y otros creyentes adventistas parecen haberse dejado llevar por el entusiasmo.

Por lo tanto, pocos meses después, la señora de White corrigió con cuidado cualquier impresión errónea que pudiera haber dado al escribir que “la reforma pro salud está estrechamente relacionada con la obra del mensaje del tercer ángel. Nuestros predicadores deberían enseñar la reforma pro salud; sin embargo, no deberían hacer de esta el tema principal, en lugar del mensaje. Su lugar está entre los temas que adelantan la obra preparatoria para hacerles frente a los acontecimientos presentados por el mensaje; es prominente entre ellos. Debemos emprender cada reforma con celo; sin embargo, deberíamos evitar dar la impresión de que somos vacilantes y esclavos del fanatismo” (*ibid.*, p. 487).

Lamentablemente, el equilibrio en la reforma pro salud ha sido difícil de lograr para muchos. Jaime White señaló que algunos, que avanzaron muy rápido en el tema, cayeron en el fanatismo, y trajeron oprobio sobre la iglesia y el tema en sí. Otros no avanzaron para nada.

Por su parte, Elena de White luchó a través de los años con los que “seleccionan declaraciones hechas con respecto a algunos artículos del régimen alimentario que son presentados como objetables, declaraciones escritas como advertencia e instrucción para ciertas personas que han entrado o estaban entrando en el mal camino. Ellos se espacian en estas cosas, y las hacen tan estrictas como es posible, intercalando sus propios rasgos de carácter peculiares y objetables en esas declaraciones y [...] hacen de ellas una prueba, y las dirigen adonde producen solo daño” (MS 3:325).

Señor, danos equilibrio en todos los aspectos de nuestra vida. Amén.

Se difunde la noticia de la salud -1

Jesucristo te sana. Hechos 9:34.

Cuatro meses después de su segunda visión importante sobre la reforma pro salud, Elena de White tuvo oportunidad de presentar sus visiones ante la joven iglesia, en el cuarto congreso de la Asociación General, en mayo de 1866. En tonos enérgicos, expuso ante los principales pastores los principios de la reforma pro salud, y la importancia de aceptar y enseñar esos principios.

Afirmó que “escasamente se ha comenzado” esa reforma, y que la iglesia tenía “una obra mucho más importante” en esta línea, que nadie había comprendido aún. Y culminó su llamado diciendo que los adventistas del séptimo día “debería[n] tener una institución propia” de salud y curación (*TI* 1: 427, 428, 432).

En respuesta, el Congreso de la Asociación General aprobó varias resoluciones. Una, reconocía la importancia de la reforma pro salud “como parte de la obra de Dios que nos corresponde a nosotros en este tiempo; y que nos comprometemos a vivir de acuerdo con estos principios; y que usaremos nuestros mejores esfuerzos para inculcar su importancia en los demás”.

Una segunda resolución solicitaba que el Dr. Horatio S. Lay (probablemente, el único médico adventista del séptimo día en ese entonces) “presente, a través de la *Review*, una serie de artículos sobre la reforma pro salud”.

Había llegado un nuevo día. Las resoluciones reflejaban una convicción profunda de que la luz sobre la reforma pro salud era de gran importancia.

Con todo, muchas veces se da el caso de que la gente es más enfática en sus resoluciones que en las acciones posteriores. Pero, en este caso ocurrió lo contrario. Si bien la gente podría buscar en vano la serie de artículos propuesta sobre la reforma pro salud a cargo de H. S. Lay, encontrará algo mejor todavía: el anuncio del Dr. Lay, como editor de la revista mensual de 16 páginas titulada *The Health Reformer* [El reformador de la salud].

En su folleto para *The Health Reformer*, el Dr. Lay manifestaba que su propósito era “ayudar en la gran obra de reformar, lo más posible, los falsos hábitos de vida, tan frecuentes en la actualidad”. Recomendó la cura de enfermedades mediante el “uso de los propios remedios de la naturaleza: aire, luz, calor, ejercicio, alimento, sueño, recreación”, etc.

Estos primeros adventistas se tomaban en serio el compartir su nueva visión. Como había muchos en esa época que sufrían de mala salud, valoraban aún más esas nuevas nociones. Podían regocijarse en que Dios los estuviese guiando en una senda mejor.

Se difunde la noticia de la salud -2

Aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío. Salmo 42:11.

La iglesia no perdió tiempo en publicar el *Health Reformer*. El primer número salió en agosto de 1866, tres meses después del Congreso de la Asociación General.

Ese número inicial contenía artículos de un cúmulo de pastores, el Dr. Lay y uno de Elena de White. Ella instó a que "los hombres y las mujeres deberían familiarizarse con la filosofía de la salud", y concluyó diciendo que "la ignorancia de este importantísimo tema es un pecado. La luz brilla sobre nosotros actualmente, y si no la apreciamos ni actuamos inteligentemente con respecto a estas cosas quedaremos sin excusa, porque el entenderlas es de nuestro más elevado interés terrenal" (*HR*, agosto de 1886).

Como hubo tantos pastores que escribieron para la revista, en el segundo número Lay escribió una nota, para beneficio de los que podrían pensar que "nadie puede hablar de salud excepto un médico, y nadie puede hablar de teología salvo un doctor en Teología". Señaló que muchos de sus contribuyentes no médicos habían experimentado la reforma pro salud en el ámbito práctico, y todos los artículos habían sido "examinados profesionalmente y avalados antes de ser presentados al lector".

Los testimonios de la transformación de la salud eran muchos. G. W. Amadon, por ejemplo, informó que *"todos los días mi corazón se hincha de gozo al percibir las bendiciones de la Cuestión de la Salud, cuando los corazones sinceros la hacen realidad [...]".* Como persona, puedo decir que estoy cien veces mejor que cuando vivía en abierta violación de las leyes de nuestro ser. Hoy, en vez de estar con dolores y reumas, con el cerebro congestionado, y una cuantiosa serie de padecimientos mentales y físicos, básicamente estoy totalmente libre. ¡Bendito sea Dios por todo esto!"

Isaac Sanborn observó que, debido a la reforma pro salud, "estoy completamente bien del reuma, aunque por períodos solía estar tan mal que no podía dar ni un paso durante días"; y que aunque a menudo estaba en malas condiciones climáticas y en lugares de encuentro poco ventilados que lo exponían a la enfermedad, no había tenido un resfriado fuerte por más de dos años.

Luego, vino el detalle de una persona que dijo que "si tenía que ofrecer un sacrificio al diablo, elegiría un cerdo relleno de tabaco".

Nuestro corazón debería henchirse de gozo, al considerar las alternativas a la buena salud. Es demasiado fácil olvidar los días de ignorancia y la bendición sincera de la buena salud.

La reforma pro salud vista en retrospectiva

Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo. Romanos 15:13.

Mi corazón todavía está ardiendo con la declaración que leímos ayer, de los primeros adventistas, que declararon que su corazón se henchía de gozo al percibir las bendiciones de la reforma pro salud.

Ese pensamiento me lleva a la primera serie de evangelización que presenté. El lugar de reunión era Corsicanna, Texas, una ciudad de unos 26 mil habitantes en 1968, con una iglesia adventista de doce miembros. Y, de esos doce, casi todos tenían más de setenta años, y solo uno era hombre.

Con todo, yo no tengo nada contra la gente mayor; al fin y al cabo, me estoy volviendo viejo. Y no tengo nada contra las damas; mi madre es una de ellas. Pero, un predicador joven quiere una casa llena de todas las edades y los sexos. Lo bueno era que yo tenía una buena cantidad de gente todas las noches, y una señora no adventista traía a cinco profesionales cada noche. Pero, a la salida, una noche ella me dijo:

–Hermano Knight, mañana de noche no vengo, y no voy a traer a mis amigos.

–¿Por qué? –pregunté.

–No me gusta el título de su sermón. Me va a decir lo que *no puedo* hacer.

Yo pensaba que mi título era lindo, por no decir asombrosamente brillante: “Por qué no como ratas, serpientes ni caracoles”.

Como me quedé casi sin poder hablar, dije a ella y a sus amigos que vinieran a la noche siguiente; que al salir dirían que fue el mejor sermón de todos. El único problema era que no tenía ningún sermón preparado todavía, y no sabía cómo iba a cumplir mi promesa.

Una noche de insomnio. Pero, a eso de las cuatro o cinco de la mañana, todo tuvo sentido. ¡Dios te ama!

Y, como te ama, quiere que seas feliz.

Y él sabe que no eres feliz cuando estás enfermo.

Por lo tanto, nos ha dado algunas ideas sobre cómo ser más felices.

Esa noche, al salir con sus amigos, ella se detuvo y declaró:

–Hermano Knight, ieste fue el mejor sermón hasta ahora!

Si fue bueno para ella, para mí fue aún mejor: pasé de predicar en una dirección negativa a una positiva.

Y ¿qué es más positivo y alegre que la buena salud?

Gracias, Padre, por esa bendición especial. Nuestro corazón también se hincha de gozo.

Un instituto propio de la reforma pro salud

¿O cuándo te vimos enfermo [...]? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Mateo 25:39, 40.

La sanidad desempeñó un papel importante en el ministerio terrenal de Cristo. Lo mismo cabe decir del adventismo. Hoy, patrocina un sistema de casi ochocientas instituciones relacionadas con la salud en el orden mundial.

Ese inmenso sistema experimentó su génesis en la visión de la reforma pro salud de Elena de White de diciembre de 1865, y en su llamado a establecer un instituto adventista para la reforma pro salud en mayo de 1866. Como con el *Health Reformer*, la respuesta por parte de la iglesia fue inmediata y contundente. Los adventistas abrieron su Instituto de la Reforma Pro Salud en Battle Creek, Michigan, el 5 de septiembre; apenas cuatro meses después del Congreso de la Asociación General.

Por supuesto, su inauguración no fue tan impresionante, “con dos médicos, dos auxiliares de baño, un enfermero (sin título), tres o cuatro ayudantes, un paciente, cualquier cantidad de inconvenientes, y mucha fe en el futuro de la institución y los principios en los que estaba fundado”.

Una nota de Jaime White, publicada en la última página de la *Review* del 11 de septiembre, expresaba alegría por la rápida respuesta de la iglesia y de sus miembros. “Solo tenemos que mirar hacia atrás, a nuestro congreso de mayo pasado, hace menos de cuatro meses, si buscamos el momento en que este asunto comenzó a tomar forma especial entre nuestro pueblo.

“Ahora observamos que se ha adquirido un elegante local, edificaciones listas para el servicio, un cuerpo competente de auxiliares *in situ*, dos números de una revista de salud ya publicados, con una lista de suscripción que se ha duplicado en las últimas semanas, una suma que se acerca a los once mil dólares, ya donada como capital del proyecto, y el instituto abierto y ya en funcionamiento. En ningún proyecto llevado a cabo por este pueblo la mano del Señor se ha manifestado en forma tan evidente como en este”.

Esa pequeña institución quizás haya tenido un comienzo bastante humilde, pero durante los siguientes 35 años se convertiría en una de las instituciones de salud de primera línea en el ámbito mundial, cuando J. H. Kellogg la transformó en el Sanatorio de Battle Creek.

Mientras tanto, su existencia misma daba testimonio del amplio sentido de misión entre el pueblo adventista. Y así debería ser. El mensaje de la parábola de Mateo 25:31 al 46 es que Dios desea que su pueblo se relacione socialmente con las necesidades de los demás.

Les presento a John Harvey Kellogg

Yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas. Jeremías 30:17.

Dinámico, enérgico y visionario son las mejores palabras para describir al joven John Harvey Kellogg, de 23 años, que asumió el liderazgo del Sanatorio de Battle Creek en 1876. Apenas medía 1,60 metros de alto, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba con puro entusiasmo en cada tarea que asumía.

Al principio, no había tenido deseos de ser médico; en realidad, quería ser maestro. Pero, cuando Jaime White lo apadrinó, junto con Edson y Guillermo White, para cursar seis meses de capacitación en el Colegio Higiénico-Terapéutico del Dr. Trall en 1872, no solo recibió el título de médico, sino también el deseo de continuar estudiando.

Nuevamente con respaldo financiero de los White, pasó un año estudiando Medicina en la Universidad de Michigan, y un año final en la Facultad de Medicina del Hospital Bellevue de Nueva York, por entonces quizá la más avanzada de la Nación. Al terminar su curso en 1875, dijo a Guillermo White: “Me siento con veinte kilos de más desde que obtuve un pedazo de pergamino de casi un metro cuadrado. Es de piel de oveja auténtica también; de paso, ninguno de tus documentos sin valor importa más que el documento higiénico-terapéutico”.

En el verano de 1875 regresó a Battle Creek, y pronto estaba trabajando en el Instituto de la Reforma Pro salud; al año siguiente pasó a ser su director, bajo la condición de que su período duraría solo un año, sin poder imaginarse que dirigiría la institución durante 67 años.

Cuando asumió en 1876, el instituto tenía veinte pacientes, pero seis partieron con el administrador anterior, y otros dos salieron después de un vistazo del joven médico. Pero, Kellogg no estaba preocupado.

En pocos meses, tenía el doble de pacientes de lo acostumbrado, y para 1877 tuvo que sumar otro edificio. Ese fue el comienzo de un programa de construcción que, para fines de siglo, lo que se había transformado en el Sanatorio de Battle Creek se convirtió en uno de los hospitales más grandes y famosos de los Estados Unidos.

Mientras tanto, en su tiempo libre, Kellogg escribió unos cincuenta libros, inventó los copos de maíz y la industria de cereales fríos, desarrolló una tecnología médica de avanzada y llegó a ser un cirujano mundialmente famoso.

Dios había bendecido al pequeño gigante más de lo que nadie pudiera imaginar. Él siempre bendice a los que están dispuestos a crecer.

El Adventismo en tiempos de guerra -1

No matarás. Éxodo 20:13.

El adventismo del séptimo día estaba en pleno nacimiento como iglesia organizada, cuando una guerra civil devastó a los Estados Unidos entre 1861 y 1865. Se cobró más vidas de la población relativamente pequeña de la Nación que la Guerra Revolucionaria, la Guerra de 1812, la Guerra México-Estados Unidos, la Guerra España-Estados Unidos, la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Corea y la Guerra de Vietnam combinadas. Sin embargo, el adventismo no envió soldados a este conflicto, que fue el más importante de todos, que determinaría si los Estados Unidos seguirían existiendo como nación unificada y que finalmente acabaría con la esclavitud.

¿Por qué? ¿Qué pasaba con los adventistas? ¿Por qué se refrenaban?

Esa es la pregunta que Jaime White se propuso responder en la *Review and Herald* del 12 de agosto de 1861. Sus primeros argumentos tenían que ver con el hecho de que los adventistas eran ciudadanos leales de los Estados Unidos, al observar que “la esclavitud es señalada en la palabra profética como el pecado más tenebroso y maldito sobre esta nación”; que muchas publicaciones adventistas, debido a sus enseñanzas antiesclavistas, “habían sido absolutamente prohibidas en los Estados esclavistas”; y que “los de nuestro pueblo que llegaron a votar en la última elección presidencial, unánimemente votaron por Abraham Lincoln”. “No sabemos”, concluyó White, “de ningún hombre entre los adventistas del séptimo día que tenga la menor simpatía por la secesión”.

Habiendo establecido que los adventistas eran ciudadanos leales, siguió explicando por qué, como iglesia, no enviaban soldados. Al ponerse a favor de los Diez Mandamientos, escribió que “la postura que nuestro pueblo ha tomado concerniente a la perpetuidad y la sacralidad de la ley de Dios expresada en los Diez Mandamientos no está en armonía con todos los requerimientos de la guerra. El cuarto precepto de la Ley dice: ‘Acuérdate del día de reposo para santificarlo’; el sexto dice: ‘No matarás’”. Su postura era bastante clara: los adventistas no podían ofrecerse como voluntarios para el servicio militar, porque eso los pondría en una situación en la cual elegirían transgredir voluntariamente al menos dos de los Mandamientos de Dios.

White había comenzado a resolver el problema, aunque todavía no había terminado. Pero, había planteado una cuestión que afectaría a decenas de miles de jóvenes adventistas. No todas las cuestiones morales están bien definidas en un mundo de pecado. La iglesia necesita orientación divina en esos casos.

Danos sabiduría, Señor, a medida que como iglesia continuamos luchando contra cuestiones importantes relacionadas con nuestro deber para contigo y con los Gobiernos terrenales.

El Adventismo en tiempos de guerra -2

Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Mateo 22:21.

¿Cómo debería relacionarse un cristiano con los militares? Esa era la cuestión que Jaime White había planteado el 12 de agosto de 1861. Su primera respuesta fue bastante directa: los adventistas no podían ofrecerse como voluntarios para el servicio militar, porque ese acto los colocaría en una situación en la que escogían transgredir al menos dos de los Diez Mandamientos.

Pero ¿y si el Gobierno reclutaba a una persona? A esas preguntas, Jaime White propuso una sugerencia inesperada y controvertida. “En caso de reclutamiento”, escribió, “el Gobierno asume la responsabilidad de la violación de la Ley de Dios, y sería una locura resistirse. El que resista hasta que, en la administración de la ley militar, sea abatido, va demasiado lejos, creemos, al asumir la responsabilidad de suicidio [...]. Para nosotros, intentar resistir las leyes del mejor Gobierno bajo el cielo, que ahora está luchando para sofocar la rebelión más infernal desde la de Satanás y sus ángeles, repetimos, sería una locura”.

Así que, esa es la respuesta de Jaime al complejo tema de cómo los adventistas pueden rendir cuentas a Dios y al Gobierno. En una palabra:

1. Los adventistas son ciudadanos leales.
2. Los adventistas no pueden ofrecerse como voluntarios, porque eso los pondría en una situación en la que elegirían transgredir la Ley de Dios.
3. Pero, si son reclutados, la transgresión de la Ley se convierte en responsabilidad del Gobierno, y los adventistas deberán presentarse a empuñar armas y matar, aun en el día de reposo.

¿Qué piensas de sus argumentos? ¿Qué evidencias bíblicas puedes reunir a favor o en contra de su lógica? ¿Cómo debemos actuar, si los mandamientos del Gobierno están en pugna con los Mandamientos de Dios?

Por otro lado, deberíamos recordar que, en ese entonces, Estados Unidos todavía no había aprobado una ley de reclutamiento; era solo una posibilidad. Pero, la joven Iglesia Adventista, aún en 1862 sin una Asociación General que la representara ante el Gobierno, tenía que contemplarla seriamente, cuando la “máquina de picar carne” de un conflicto feroz seguía destruyendo vidas.

Como cristianos, somos ciudadanos de dos reinos. Todos enfrentamos el desafío de ser fieles a ambos.

El Adventismo en tiempos de guerra -3

Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Romanos 13:1, 2.

¡E!l texto favorito de Adolfo Hitler! Estipuló que este, o su par de 1 Pedro 2:13, fueran leídos al menos una vez al año, en cada iglesia del Tercer Reich.

Romanos 13 no deja ninguna duda acerca de que los cristianos deben obedecer al Gobierno. Pero, una vez más nos preguntamos: ¿Qué deberíamos hacer si el organismo designado por Dios (el Gobierno) nos ordena que realicemos cosas que nos colocan en situación de desobedecer algunas de las otras enseñanzas de Dios? Esa era la pregunta que preocupaba a los adventistas durante la Guerra Civil Norteamericana, la primera guerra que tuvieron que enfrentar como iglesia.

El artículo de Jaime en la *Review* del 12 de agosto de 1862 despertó bastante agitación sobre el asunto. Según dijo el 26 de abril, “varios hermanos aluden a nuestros comentarios [...] de hace dos semanas, de un modo bastante frenético [...]. Este no es momento de que los caballeros cristianos revelen sentimientos de prejuicio, y prácticamente nos acusen de enseñar a transgredir el sábado y a asesinar [...]. Si alguno de ustedes es reclutado y opta por tener una lucha cuerpo a cuerpo con el Tío Sam¹ en vez de obedecer, puede intentarlo. Nosotros no contenderemos con ustedes, a menos que algunos de los que no se resisten levanten una pequeña guerra antes de que los manden a llamar para luchar por el país”.

En ese momento, de modo significativo, White agregó que “cualquier artículo bien escrito, calculado para arrojar luz sobre nuestro deber como pueblo en relación con la guerra actual, recibirá atención inmediata”.

Esa invitación inspiró una oleada de respuestas durante los tres meses siguientes, mientras los adventistas discutían públicamente, a través de las páginas de la *Review*, en cuanto a los deberes cristianos en sus papeles conflictivos como ciudadanos del Reino de los cielos y también de una nación determinada aquí, en la Tierra, donde cada una tiene sus propias leyes, a veces en conflicto.

Un tema que emerge en las discusiones es que deberíamos estudiar esas cuestiones polémicas, aunque importantes, durante períodos de paz, cuando las emociones están en calma y hay tiempo de hacer un trabajo adecuado.

No obstante, ese no era el caso aquí: estaban luchando por hallar una respuesta en medio de una crisis llena de emoción. Pero, es importante la idea de considerar detalladamente las cuestiones antes de una crisis.

Ayúdanos, Padre, a usar los tiempos de paz, en nuestra vida individual y colectiva, como iglesia, para acudir a ti con estudio y oración a fin de poder discernir más plenamente tu voluntad.

¹ Nota de la traductora: el Tío Sam es la personificación nacional del Gobierno estadounidense.

El Adventismo en tiempos de guerra -4

*Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.
Hechos 5:29.*

Esas fueron las palabras y las conclusiones de los apóstoles, cuando se enfrentaron con un conflicto entre los mandatos de Dios y el Gobierno terrenal.

Pero, las implicaciones de esa verdad para los adventistas en vista del servicio militar no eran tan claras para los miembros de iglesia en 1862.

La invitación de Jaime White a presentar artículos sobre el tema de la postura adecuada de la iglesia sobre el servicio militar produjo no solo un gran volumen de respuestas sino también una gama completa de todo el espectro de opciones posibles.

En un extremo estaban los pacifistas totales, que creían que los cristianos debían evitar el servicio militar a toda costa. Probablemente haya sido la orientación de los miembros de Iowa, cuya agresiva agitación pacifista había provocado acusaciones de que el adventismo no era patriota, lo que ocasionó la publicación de los pensamientos iniciales de White sobre el tema.

En el otro extremo estaban los cruzados en favor de la plena participación en la guerra, como Joseph Clarke. "Tenía mucha ansiedad", escribió, "por conocer mi deber con respecto a la guerra, no tanto por temor al reclutamiento, sino porque quiero ver que la traición reciba su justo merecido.

"Por consiguiente, escribí al hermano White para saber si sería admisible que entremos en las filas. He tenido mi imaginación llena de Gedeones, Jeftés y Davides que luchaban [...].

"A veces, deseé haber estado donde Joab mató a Absalón, y casi me imaginé que podría llegar el momento en que un regimiento de observadores del sábado le darían un tremendo golpe a esta rebelión, con la fuerza de aquel que siempre ayudó a su pueblo valiente cuando guardó sus estatutos.

"El invierno pasado tuve tanta fiebre de guerra que me perjudicó un poco".

En otro artículo, Clarke escribió: "¿No hubo guerra en el cielo?" "¿Es homicidio ahorcar o fusilar a un traidor? ¡No! ¡No! [...] Josué y David ¿eran asesinos? Dejemos de lado el fanatismo, y actuemos como hombres".

Así continuó el debate, hasta que por fin White pidió terminar con el tema en los artículos de la *Review*, ya que todas las perspectivas habían sido adecuadamente representadas.

Todo este debate indica una interesante apertura en el adventismo primitivo, que con el tiempo los ayudaría a avanzar hacia un consenso en temas controvertidos.

El Adventismo en tiempos de guerra -5

Es lícito hacer el bien en los días de reposo. Mateo 12:12.

Eso dijo Jesús con respecto a los actos de misericordia durante el sábado. Ese principio, finalmente, desbloquearía la respuesta al dilema adventista en cuanto a cómo servir a Dios y al Gobierno terrenal en tiempos de guerra.

Mientras tanto, deberíamos recordar que no existió ninguna ley de reclutamiento en los Estados Unidos hasta marzo de 1863. También, deberíamos observar que ninguna nación en ese entonces tenía opciones no combatientes para el servicio militar. Una persona en el ejército automáticamente era un combatiente, que portaría armas y mataría cuando se le ordenase hacerlo.

La ley de conscripción aprobada el 3 de marzo de 1863 permitía que los reclutas buscaran sustitutos, si podían pagar una multa para usarla en buscar a otro. La Iglesia Adventista ayudó a sus miembros a recaudar la multa. Pero, el 4 de julio de 1864 se hizo una revisión de la ley de reclutamiento que estipulaba que solo aquellos que “se oponían a portar armas por razones de conciencia” podían ser exceptuados por el pago de la multa.

En ese momento, la Asociación General de los Adventistas del Séptimo día, establecida recientemente, pasó a la historia como una confesión religiosa no combatiente. El 3 de agosto, el Estado de Michigan concedió el estatus de no combatiente a la nueva confesión; otros Estados hicieron lo propio en poco tiempo. Entonces, la iglesia envió a J. N. Andrews con cartas de varios gobernadores de Estado, para solicitar el estatus de no combatiente ante el Gobierno federal en Washington, D.C. Así, en septiembre de 1864 el Gobierno de los Estados Unidos reconoció al Adventismo como una iglesia no combatiente.

Teóricamente, eso significaba que, si sus miembros eran reclutados, no tendrían que portar armas ni matar a los enemigos. Pero, en la práctica, los reclutas no combatientes a menudo enfrentaban oposición y amenazas. En un plano más positivo, hacia el final de la guerra, los no combatientes podían servir como médicos en el frente de batalla y en los hospitales.

Los adventistas estaban contentos con este arreglo, porque los libraba de quitar la vida a los demás, y era lícito hacer el bien a los demás en sábado.

De allí en más, el papel de médico no combatiente se convirtió en la norma para los adventistas del séptimo día. Pero, la iglesia todavía desaprobaba el servicio voluntario; de hecho, varios voluntarios durante los últimos días de la Guerra Civil fueron desfraternizados; aunque algunos (incluida Elena de White, probablemente) no estaban tan seguros de que esa fuese la verdadera causa.

Dios conduce a su pueblo no solo en las cosas estrictamente espirituales, sino también al tratar con cuestiones relacionadas específicamente con este mundo. Podemos regocijarnos por su conducción en todas las cosas.

El Adventismo en tiempos de guerra, en retrospectiva

Amad a vuestros enemigos. Mateo 5:44.

Personalmente, me resulta imposible amar a los enemigos y proponerme quitarles la vida al mismo tiempo.

Así, en el verano de 1961, en medio de la crisis del muro de Berlín, me enfrenté a la amenaza de una corte marcial.

Ocurrió que yo era un soldado de infantería entrenado, que hasta ese entonces había sido un agnóstico confirmado. Pero, durante la primera mitad del año, me había llegado a interesar en el Adventismo; había llegado a la convicción de que ya no debía portar armas ni hacer instrucción en sábado. Había comenzado a apreciar la lógica bíblica que apoya la postura de la iglesia, aunque todavía no me había hecho miembro de ella.

Pero, quizá te preguntes cómo es que una persona joven, que solo había tenido una relación corta y superficial con el Adventismo, conocía tan siquiera la postura de la iglesia sobre el servicio militar. La respuesta es muy simple y sencilla: la iglesia había publicado su postura en forma agresiva y sistemática, y había aconsejado a sus pastores y a sus jóvenes en el tema.

La Asociación General no solo había asignado pastores especiales a las asociaciones locales para ayudar a los reclutas a conseguir los derechos de no combatientes, sino también la iglesia había dispuesto una gran cantidad de publicaciones sobre el tema entre los jóvenes. Y, luego, estaba el Cuerpo Médico de Cadetes, patrocinado por los colegios y los institutos adventistas que específicamente preparaban a los adventistas para ocupar roles no combatientes al ser reclutados.

Además, circulaban historias de los tantos jóvenes adventistas alrededor del mundo que habían sido encarcelados y hasta, a veces, martirizados por negarse a portar armas o trabajar en sábado. Y, por si esto fuera poco, estaba el omnipresente médico Desmond T. Doss, que recibió la Medalla de Honor por haber salvado la vida de al menos 75 hombres heridos en una batalla en Okinawa.

Pero, entonces el reclutamiento terminó y la publicidad cesó, y el adventismo descuidó el tema y finalmente olvidó su historia. Hasta 2007, el Ejército de los Estados Unidos tenía 7.500 voluntarios adventistas; y prácticamente todos (salvo los capellanes) se habían enlistado como combatientes.

A veces, una iglesia pierde su historia y necesita recordar lo que representa.

Eso también ocurre en nuestra vida personal. Que Dios nos conceda la fuerza de voluntad para hacerlo en forma honesta.

La educación en los buenos tiempos de antaño

¿Sabes griego? Hechos 21:37.

Si bien este no pareciera ser un buen texto para un pensamiento devocional, plantea un interrogante.

La educación en los buenos tiempos de antaño no era muy buena. La sociedad no consideraba que alguien era educado a menos que fuese muy culto en griego y latín antiguo, y en la literatura de esos idiomas. La educación tradicional se centraba en los clásicos antiguos.

Una educación tal, por supuesto, no tenía ningún significado para las masas que tenían que trabajar para vivir. Pero, eso no importaba mucho, porque ni siquiera se preveía su educación de nivel primario ni secundario. Por decirlo en términos crudos, la educación formal en las escuelas, durante la mayor parte de la historia, no estuvo abierta a la mayoría, aun en sus formas más rudimentarias. La escolarización era competencia de las clases altas; aquellos relativamente pocos que provenían de un entorno adinerado y nunca se vieron forzados a ganarse la vida.

Al igual que con la salud, la educación de los buenos días de antaño era terrible. Durante más de dos mil años, la educación occidental se había orientado hacia los idiomas antiguos, sus palabras, ideas y los “grandes libros” de su herencia. El mismo prestigio y antigüedad de esta tradición hacía que a los educadores les resultara difícil imaginar propuestas alternativas.

Pero llegó la reforma, que culminó en el siglo XIX, en la misma época en que surgía el adventismo.

En la vanguardia de las reformas educativas de la década de 1830 había personas como Horace Mann, que dirigió la lucha por la *educación primaria pública de calidad para cada niño*. Mann y sus amigos trataron no solo de poner la educación a disposición, sino también hacer que fuera práctica y saludable. Sabían que no serviría de nada el educar la mente, si el cuerpo de los niños estaba enfermo.

Al frente de la educación superior estaba Oberling College, una institución que en la década de 1830 reemplazó los clásicos latinos y griegos en el currículo, dio relevancia a la cosmovisión de la Biblia y creó un programa de estudio con trabajo manual, con el fin de ayudar a las personas a adquirir habilidades útiles además de aprender de los libros, para asegurarse un equilibrio entre lo mental y lo físico.

“El sistema de educación en este instituto”, reza el prospecto de Oberlin, “proporcionará lo necesario para el *cuerpo y el corazón*, y también para el *intelecto*, porque apunta a la mejor educación del hombre integral”.

Las ideas educativas del adventismo no surgieron en el vacío. Aún hoy, siempre podemos aprender de la cultura mayor, al evaluar las tradiciones y las prácticas desde la perspectiva de la cosmovisión bíblica.

En busca de la educación adecuada -1

*El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.
Apocalipsis 22:20.*

A los adventistas que viven en el siglo XXI puede parecerles que la educación cristiana ha sido fundamental para su iglesia desde su comienzo. Sin embargo, esto dista mucho de ser cierto. De hecho, la educación formal fue la última creación institucional importante dentro de la iglesia; el establecimiento de un programa riguroso de publicaciones en 1849, una organización eclesíástica centralizada en 1863 y el servicio de atención sanitaria en 1866 la precedieron. Por el contrario, la Iglesia Adventista estableció su primera escuela en 1872 (28 años después del chasco millerita), y no tuvo un sistema generalizado de escuelas primarias hasta casi el año 1900.

Si bien el desarrollo tardío de la enseñanza adventista puede llegar a sorprender a los adventistas actuales, tiene sus raíces en la misma lógica de sus antepasados espirituales, quienes, sobre todo lo demás, creían en el *inminente regreso de Jesús*. Los grupos religiosos que se centran en la cercanía del fin del mundo, generalmente, no han sentido mucha necesidad de educar a sus hijos, más allá de los conceptos esenciales de su persuasión religiosa y en las habilidades necesarias para ganarse la vida a corto plazo.

Ese es el caso de la iglesia cristiana primitiva, y también del adventismo del séptimo día primitivo. Así funciona la lógica: ¿por qué enviar a los niños a la escuela, si el mundo está pronto a terminar y nunca crecerán ni usarán su aprendizaje obtenido con tanto esfuerzo? Algunos podrían interpretar que es una falta de fe brindar educación formal a nuestros hijos, ante la inminencia del advenimiento. Esas actitudes estaban muy extendidas entre los adventistas del séptimo día.

Incluso en 1862, un miembro de iglesia escribió a Jaime White para preguntarle si era “correcto y compatible que creyéramos con todo nuestro corazón en la inminente venida del Señor con tratar de darles una educación a nuestros hijos. Si es así, ¿deberíamos enviarlos a una escuela pública, donde aprenden el doble de cosas malas que de buenas?”

White respondió que “el hecho de que Cristo esté muy pronto a venir no es razón para no perfeccionar la mente. Una mente bien disciplinada e informada puede recibir y apreciar mejor las sublimes verdades de la Segunda Venida”.

Con esa declaración, sentó las bases para el desarrollo del sistema educativo adventista.

Dios quiere que desarrollemos todos nuestros talentos mientras esperamos el regreso de Jesús.

Les presento a Goodloe Harper Bell

Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él. Proverbios 22:6.

Un destello de preocupación por la educación adventista se produjo durante la década de 1850. Jaime White escribió que uno no podía simplemente sacar a los niños de la escuela y “dejar que corran libremente con los niños en las calles. ‘Mente desocupada, taller de Satanás’”.

Surgieron intentos de educación adventista en lugares como Buck’s Bridge, Nueva York, y Battle Creek, Michigan. Pero, todos fracasaron. Totalmente desanimado con el tema educativo, Jaime White escribió en 1861 que “hemos tenido un profundo proceso escolar en Battle Creek, bajo las circunstancias más favorables, y nos hemos desanimado”.

Por otros siete años, pareció como si la educación fuese un tema concluido para el adventismo. Entonces, llegó Goodloe Harper Bell.

Bell llegó por primera vez a Battle Creek en el invierno de 1866 a 1867, a la edad de 34 años, cuando acompañó a un amigo al Instituto de la Reforma Pro salud recientemente establecido. Debíó de haberlo impresionado porque al año siguiente, cuando Bell tuvo que tratarse, regresó.

Eso ya era algo bueno. Pero, Bell quedó atrapado en una habitación con un adventista de nombre Osborne. Noche tras noche escuchaba a Osborne, que pensaba que Bell ya se había dormido, orar en voz alta por él. La total sinceridad del hombre afectó tanto a Bell que el educador se unió a la iglesia.

Parte de su tratamiento era el trabajo físico al aire libre. Por lo tanto, nos cuenta Guillermo White, alguien le dio un serrucho a Bell y lo puso a serruchar madera cerca de la casa editora adventista.

Allí, Edson White, el hijo vivo mayor de Jaime, lo conoció. Al descubrir que era docente, Edson le comentó que odiaba la gramática. A eso, Bell respondió que, si se la enseña de forma adecuada, la gramática es uno de los estudios más interesantes.

Este contacto casual hizo que en los próximos meses Bell fuese contratado por la iglesia de Battle Creek. En 1872, la Asociación General tomó el control de la escuela. Así, su pequeña institución se convirtió en la primera de un sistema mundial, que en 2006 contaba con 5.362 escuelas primarias, 1.452 colegios secundarios, y 106 institutos terciarios y universidades.

Dios utiliza incluso a adventistas extraños, como al hermano Osborne, para hacer cosas especiales por su obra. Si pudo usar a Osborne, puede usarlos a ti y a mí, si permitimos que guíe nuestro corazón y nuestra mente.

En busca de la educación adecuada -2

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Deuteronomio 6:6, 7.

Los primeros 28 años del ministerio profético de Elena de White no produjeron ningún artículo sobre la enseñanza o la educación formal; aunque ella había escrito sobre educación en el hogar y la responsabilidad de los padres ya en 1854.

Pero, eso cambiaría radicalmente en 1872, cuando la escuela privada de Bell se convirtió en la primera institución educativa patrocinada por la iglesia. Por esto, ella escribió "Proper Education [Educación adecuada]" en una de las declaraciones sobre educación más importante y abarcadora.

"Proper Education" ha tenido influencia entre los educadores adventistas porque lo han percibido, correctamente, como un mandato en cuanto a la naturaleza ideal de la educación cristiana. No dejaba dudas de que los adventistas debían ser "reformadores" educativos (EC 37). Parte de la reforma ideal implicaba ir más allá de un énfasis exagerado en los libros, hacia una educación equilibrada que enfatizara "la educación física, mental, moral y religiosa de los niños" (*ibid.*, p. 9). El concepto de una educación equilibrada, que consideraba a la persona integral, se convertiría en el sello de calidad de los escritos de Elena de White durante los siguientes cuarenta años.

"Proper Education" incursiona en tres sectores básicos. La primera parte enuncia la verdadera educación como el desarrollo del autocontrol. Mientras que la gente puede entrenar animales, los seres humanos deben ser educados como personas que toman decisiones morales responsables; de modo que debemos apelar a su voluntad en favor del bien.

La segunda parte, que abarca 25 de las 31 páginas del documento, trata de la salud física y el trabajo manual útil, en relación con la educación dentro del hogar y en la escuela. Enfatiza repetidamente el sentido práctico, la utilidad y los aspectos físicos de la educación. Fue en esta parte que destacó el hecho de que los adventistas son reformadores educativos.

El tercer segmento analizaba brevemente la enseñanza bíblica de las "ramas comunes" del conocimiento para quienes se preparan para el ministerio.

No tenía dudas acerca de la importancia de la educación. Al fin y al cabo, "la ignorancia no aumenta la humildad o la espiritualidad de ningún seguidor profeso de Cristo. Un cristiano intelectual apreciará mejor que nadie las verdades de la Palabra divina. Cristo puede ser glorificado mejor por los que lo sirven inteligentemente. El gran objeto de la educación es habilitarnos para hacer uso de las facultades que Dios nos ha dado, de manera tal que exponga mejor la religión de la Biblia y se acreciente la gloria de Dios" (*ibid.*, p. 45).

En busca de la educación adecuada -3

Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar. Salmo 32:8.

Los adventistas del séptimo día habían dado un paso importante en la adopción de la escuela de Bell, en 1872, como la primera escuela oficial de la iglesia. Pero, los líderes sabían que tenían que hacer más, por la sencilla razón de que requerían de algún medio para preparar pastores. Hasta la década de 1870, un joven que deseara ser pastor, simplemente, observaba cómo hacían las cosas los pastores de más edad y salía a hacer lo mismo.

En 1873, Jaime White, la bujía para cada progreso adventista, se dio cuenta de que la iglesia necesitaba hacer algo en cuanto a la capacitación de dirigentes. “Probablemente no haya ninguna rama de esta obra”, dijo en el Congreso de la Asociación General de 1873, “que sufra tanto en la actualidad como la educación adecuada de hombres y mujeres para proclamar el mensaje del tercer ángel”. La situación demandaba “más educación santificada en el ministerio! Mi corazón se regocija al saber que el Espíritu de Dios se está moviendo en hombres de educación, para que entren en nuestro medio y asuman el control de la obra [educativa]”.

Pero, no era solo la educación de los pastores lo que requería una visión educativa más amplia. La iglesia también se estaba introduciendo en el terreno de las misiones extranjeras. Por lo tanto, J. N. Andrews pudo escribir, en 1873, que “debemos responder a los llamados que vienen de cada cuadrante, de hombres que hablan otros idiomas. No podemos hacer esto en nuestras circunstancias actuales. Pero, podemos hacerlo si el Señor bendice nuestro esfuerzo” en mejorar las prestaciones de la escuela de Battle Creek. “Hemos demorado demasiado tiempo este esfuerzo. El tiempo pasado no se puede mejorar, pero el tiempo que queda todavía puede mejorarse [...]. Hombres de otras nacionalidades desean ser instruidos en cuanto a” la Segunda Venida.

Los líderes habían llegado a vislumbrar que debían establecer un colegio, y eso hicieron en 1874. Justo antes de la inauguración de esa institución, el presidente de la Asociación General, George I. Butler, escribió: “Vemos una gran obra delante de nosotros [...]. Vemos que se acerca el momento en que muchos cientos de misioneros saldrán de esta tierra a otras tierras, para hacer resonar el mensaje de advertencia”. Con este fin, el colegio propuesto debía educar no solo a pastores, sino también a traductores, editores y otros que podrían llevar el mensaje del tercer ángel.

La visión nunca es estática; Dios guía a su pueblo de un paso a la vez. Cuando captamos un nivel de necesidad, él nos empuja para ver el próximo. Así es con cada aspecto de nuestra vida, si vivimos para él.

En busca de la educación adecuada -4

Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta. Isaías 1:18.

Los fundadores del Colegio de Battle Creek en 1874 fueron extremadamente claros en lo que querían en su nuevo colegio. Deseaban una institución que enseñara la Biblia, que preparara pastores y misioneros, y que desarrollara en los alumnos la capacidad de razonar con Dios. Sabían por qué establecían ese colegio.

Pero, luego venía el cuerpo docente. Aún más básica era la cuestión de dónde encontraría profesores y personal la institución en ciernes.

Afortunadamente, tenían al menos un graduado de una universidad en su medio. Sidney Brownsberger había terminado la carrera de estudios clásicos en la Universidad de Michigan en 1869, y pronto recibiría una maestría por la misma institución en 1875. Dadas las necesidades de la iglesia, y la educación y la dedicación de Brownsberger al adventismo, él era la opción obvia para dirigir el nuevo colegio.

Pero, su llamado tenía un solo inconveniente. Si bien era excelente en lo académico, casi no tenía noción de cómo implementar los objetivos de los fundadores.

En una de las primeras reuniones de la junta del colegio, Guillermo White nos cuenta que su madre “les leyó el testimonio sobre la educación adecuada. Todos escucharon con profundo interés. Lo reconocieron como oportuno. También, admitieron que se requería una obra más amplia que la que habían planeado y que su hermosa ubicación”, en las afueras de Battle Creek, “aunque era conveniente y estaba cerca, no proporcionaba lo necesario para todo lo que se requería.

“Uno dijo: ‘Bueno, hermano Brownsberger, ¿qué podemos hacer?’

“Él respondió: ‘No sé nada en cuanto a la conducción de un colegio así [...]’

“Entonces se resolvió que la obra del colegio debía organizarse por las vías regulares y que la cuestión de las industrias debía estudiarse con una visión a su [posterior] introducción. Pero, no se tomaron medidas definitivas en relación con las industrias hasta que pasaron muchos años”.

El joven líder en educación hizo lo mejor que pudo. El colegio que creó a mediados de la década de 1870 tenía, como plan de estudios básico, un curso tradicional de humanidades centrado en el latín, el griego clásico y las literaturas de esos idiomas. Casi no era una institución “reformista”.

Pero, Dios la usó de todos modos. Y esa es una buena noticia: que Dios nos usa a pesar de nosotros mismos, a pesar de nuestros defectos. *¡Gracias, Señor!*

En busca de la educación adecuada -5

Mejor es adquirir sabiduría que oro preciado. Proverbios 16:16.

El Colegio de Battle Creek, como vimos ayer, no cumplió con las expectativas de sus fundadores. No solo tenía las literaturas y los idiomas clásicos como centro, sino que el estudio de la Biblia y la religión tenían un escaso lugar en la oferta académica; de hecho, no tenía ninguna clase regular de Religión, ni mucho menos las requeridas. Si bien es cierto que Urias Smith cojeaba con su única pierna natural para dar algunas clases optativas polvorientas sobre profecía bíblica, parece que no tenía una gran cantidad de alumnos.

Los catálogos del colegio publicitaban que “no hay nada en los cursos de estudio, o en las reglas y las prácticas de disciplina, que sea confesional o sectario en lo más mínimo. Los cursos bíblicos se dan frente a una clase de aquellos que quieren asistir por elección”. Nuevamente, “los administradores de este colegio no tienen ninguna disposición de *estimular* puntos de vista sectarios en los alumnos, ni de darles ninguna prominencia a esos puntos de vista en su tarea escolar”. Ese fue el nacimiento de la educación superior adventista del séptimo día.

Pero, empeoró. Brownsberger renunció en 1881, y el colegio lo reemplazó por Alexander McLearn, que llegó a Battle Creek con la ventaja de tener un exaltado título de Doctor en Divinidad... pero la desventaja de no ser adventista, ni siquiera un converso reciente.

Quizá Brownsberger haya comprendido las necesidades de una educación adventista auténtica, pero McLearn ni siquiera comprendía el adventismo. Es posible que haya sido un excelente académico, pero bajo su liderazgo las cosas fueron de mal en peor.

La institución cerró sus puertas el año escolar de 1882-1883, sin ninguna certeza de que se reabría. Demasiado para el primer intento en la educación superior adventista. Uno de los diarios de Battle Creek describió la debacle de los adventistas como “el circo del extremo oeste”.

Fue en la confusión del liderazgo de McLearn que Elena de White intervino, con un testimonio titulado “Our College” [Nuestro colegio], un documento leído en College Hall en diciembre de 1881 ante los directivos eclesiásticos y educativos de la iglesia. Y no suavizó ninguna palabra. “Existe el peligro”, comenzó, “de que nuestro colegio se desvíe de su propósito original” (71 5: 20).

Esta triste historia nos puede enseñar algo importante. Se nos hace demasiado fácil pensar que la iglesia ha corrido continuamente cuesta abajo desde su fundación. No es así: la iglesia siempre tuvo problemas, y siempre los tendrá; pero Dios no renunció a ella. Así es él. Trabaja con personas que no son perfectas y con instituciones que no son las ideales. Dios continúa, incluso, después de que nosotros estamos dispuestos a rendirnos.